

¿No es éste el medio de medrar y crecer en el mundo? El que vive retirado en su hogar, el que no frecuenta los palacios de los grandes; el que no pide honores y destinos; el que no presenta simultáneamente sus deseos con sus dádivas; el que no tiene quien abogue por él, ¿no es verdad que será tan desdichado como el más idiota, aunque tenga la sabiduría de Salomón, el valor de un Macabeo y la santidad de un David? Sí, sí; pocos son los que, como Saul, se esconden cuando los llaman al puesto de honor y de grandeza; pocos los que, sin haberlo pensado, son trasladados, como David, del cayado al cetro. Y no se diga que hoy estemos más corrompidos que en otras épocas; el mundo siempre ha sido el mismo: si registramos la historia profana, no encontraremos más que ambiciosos conquistadores que desde Nemrod hasta Julio César forman una inmensa díptica de hombres que subieron á la gloria y al honor mundano á fuerza de intrigas, de violencias y de sangre. Si hojeamos las páginas eclesiásticas, oiremos los lamentos de los Padres, al ver que las mismas dignidades espirituales habian entrado en la venalidad mundana. ¡Y pluguiese al cielo que la sociedad del siglo actual no adoleciese sino de los males de aquellas épocas remotas! Pero, por desgracia, cuanto más viejo es el mundo comete mayores errores, y se aprovecha ménos de la experiencia de los tiempos pasados.

A esta primera circunstancia de no ambicionar los empleos va unida la segunda, prescrita por Jesucristo, la humildad, el reputarse siempre inferior á todos aquel que tiene que presidir y mandar. ¡Ah, señores! ¡Qué difícilmente se cumple esta condicion que señala el Salvador á los que tienen dignidades! Cuando hemos subido á una gran eminencia, ¿no guardan á nuestra vista toda su integridad los séres que se nos objetan; los que se hallan cerca de nosotros son verdaderamente grandes, los que están algo apartados son diminutos, y los que quedan

en lejana planicie aparecen enteramente desapercibidos? Otro tanto acontece al que se encuentra en el apogeo de la grandeza y de los honores; los que se hallan á su nivel son, á su parecer, hombres grandes; los que se encuentran en otra clase inferior, ya no valen mucho, y los que se hallan en la llanura del vulgo no valen nada. ¡Qué orgullo! Cuidado con faltar en nada á semejantes hombres, pues al momento se les oye decir con el Centurion, aunque en diferente sentido: «Yo soy hombre que tengo gente á mis órdenes, y digo á éste, «ve,» y va; y al otro, «ven,» y viene; y á mi siervo, «haz esto,» y lo hace.» Cuidado con no llenar todos los deberes que han impuesto el orgullo y la vanidad hácia estos hombres inflados en su poder, pues tendrán á ménos, como otro Amán, el mirar al indiscreto sino para exterminarlo. ¿De dónde, señores, sino de esta imperdonable arrogancia procede esa indiferencia con que es mirado el inferior, el pobre, el desvalido, la viuda y el huérfano, para quienes apenas hay justicia y proteccion en la tierra? ¿De dónde, sino de la altanería proviene que en negocios en que va la vida, el honor y la reputacion de una familia, apenas puede darse un paso, apenas puede obtenerse un resultado feliz? Del orgullo, señores; cuando la humildad y la mansedumbre se apoderan del alma, elevada al puesto de honor, el pobre es tan atendido como el potentado, el sábio como el ignorante, el noble como el plebeyo. ¡Ah! Jamás el hombre dignatario es más alto, ni más digno que cuando se considera siervo de aquellos que distan mucho de él; aparece entónces la dignidad con todo su brillo y esplendor, porque en verdad, señores, tan brillante y majestuosa es la luz del sol al tocar las altas colinas, como al derramarse en las humildes llanuras. Por eso nuestros dignísimos Monarcas tenian escogido un día en el año para demostrar prácticamente la humildad que debe sentarse con la grandeza en el sόlio de los prín-



cipes; viéraislos en ese dia despojarse del régio manto y dejar el cetro para ceñirse una simple toalla; viéraislos postrarse á los piés del pobre andrajoso, lavárselos y sellárselos con sus lábios; viéraislos en seguida poner estos mismos pobres á su régia mesa, servirles él mismo su comida, y regalarlos con su propia mano. Por eso tambien los sucesores de Pedro reducen todos los títulos de su culminosísima dignidad á uno solo, que es el llamarse «siervo de los siervos de Dios.»

Este orgullo que naturalmente inspira la dignidad, es el principio del egoismo, de ese egoismo que hace convertir en pró de sí mismo cuanto debiera emplearse en el bien comun; porque, señores, el bien naturalmente es difusivo, como enseña la filosofía, y en consecuencia, Dios, al compartir su imperio con los hombres, no pudo tener otro fin que el de mantener el bien general en la sociedad humana; mas así como la tendencia del bien es el generalizarse y extenderse á todos, así la tendencia personal del ambicioso es ensimismarse y reconcentrar en su individuo todas las glorias y bienes. Al hablar de esto, no he tenido presente ni á Asuero, ni á Nabuco, ni á Ciro, ni á ninguno de esos héroes antiguos ó modernos, para quienes nada era un ejército de un millon de hombres sacrificados en un dia por conquistar una provincia y extender su dominio en un palmo de terreno. El deseo de mandar y de valer no causa solamente estragos en los grandes, sino en los medianos y pequeños, porque esta pasion es un huracan, y bien sabeis que el huracan tanto sopla en el alto monte como en la humilde llanura, habiendo sólo la diferencia de acometer con más furia al robusto cedro que á la frágil caña. Yo creo que pocos hombres son los exceptuados; y cuando esta pasion se apodera del espíritu, ¡ cuánta es nuestra desgracia! ¡ Cuánta la de la sociedad! Entónces no hay ley ni derecho que no sean conculcados, ni inocencia que sea

respetada, ni valladar alguno que se oponga al corazon ambicioso, miéntras él mismo se devora y corroe, no encontrando jamás suficiente pábulo para el fuego que lo devora.

Sí; cuando sube el hombre á los destinos conducido por la ambicion, su engrandecimiento personal es el fin de todas sus obras, aunque para alcanzarlo sea necesario destruir las leyes divinas y aniquilar la humanidad, pues su objeto es dominar, aunque no sea sino sobre escombros y ruinas. ¿Qué valió para el impío Abimelec la vida de setenta hermanos degollados en un momento por poder reinar? ¿Qué fueron para la desnaturalizada Athalia todos los descendientes de David, decapitados por su orden para ser ella la única heredera del trono de Judá? ¿Cuánto peso tuvieron los sentimientos de la naturaleza en el corazon de aquel Absalon, que atropelló por todo con tal que pudiese derribar el trono de su padre para elevar uno para sí entre los escombros y ruinas? Cuando lee uno que el orgulloso Nabuco alza una estatua de oro y la coloca en medio de sus dominios, haciendo su propia apoteosis y mandando que todos lo adoren como á Dios; cuando repasamos los monumentos antiguos, y vemos descritos los horrores de los Antíocos y de los Atilas, nos llenamos de espanto y de consternacion, sin podernos acabar de persuadir que los hombres puedan ser tan feroces; pero todos estos estragos se hacen creibles desde que examinamos cuáles fueron las gradas por donde subieran al mando aquellos séres que legaron á la posteridad un nombre escrito con sangre humana. Eran devorados por la ambicion, y de ella sola tomaron consejo en sus empresas, y para realizarlas se desnudaron del carácter de hombre y se revistieron del de la hiena.

Voy á resumir; supuesto que miéntras haya hombres habrá sociedad, miéntras haya sociedad ha de haber desigualdad moral entre éstos, y miéntras ésta exista ha



de haber quien mande y quien obedezca, quien viva en la oscuridad y quien en el candelero del honor; supuesto que ha de haber honores y distinciones humanas, porque así lo ha ordenado Dios, ¿consistirá la felicidad humana en tener estos honores y estas grandezas? Hé aquí, señores, la pregunta que resuelvo negando ni áun la existencia de una corta dicha en poseer estos honores; porque no puede pender nuestra felicidad de una cosa incierta, ni de una en que es preciso ser esclavo, ni de una en que halle el hombre su ruina y perdicion; tres circunstancias que envuelven las dignidades humanas. ¡Ah! Tantos hombres como pretenden los empleos y los honores, debieran preguntarse á sí mismos: ¿soy acaso digno de obtenerlos? Y del fondo de su mismo corazón saldría una voz terrible que les diría: «No, no.» Porque es regla general que regularmente pretenden estos empleos aquellos que ménos lo merecen por su ignorancia; pues sólo la ignorancia, que por su naturaleza es atrevida, puede conducir al hombre al extremo de pretender lo que no puede desempeñar. Muchos son los que desean mandar, pero pocos los que piensan que al ser elevados tienen que ser el modelo de los demás, y perder su libertad por servir á todos. Muchos aspiran á los honores, mas son pocos los que los desean para utilizarse en el bien público.

Además de esto, ¿hay alguno que haya encontrado su dicha en las grandezas humanas? ¿Hay quien haya quedado satisfecho, llegando á un punto en que haya podido decir: basta? Pudiera yo en este momento nombrar á los Davides, á los Ezequías, en cuyos hombros la púrpura de Tiro y el oro de Tarin y Ofir más era un peso que un ornato. Pudiera también nombraros á los Gregorios, á los Agustinos y á los Ambrosios, para quienes había dicha en las grandezas humanas, porque subieran á ellas sin haberlas buscado, porque unian la grandeza

con la humildad, y no emplearon ni un solo momento en beneficio de sí mismos, sino de sus súbditos; sin embargo, yo os diría que los unos pedían á Dios alas de paloma para volar, y otros suspiraban por la quietud de los cenobitas, temiendo siempre los escollos que presentaban las dignidades terrenas. Pero ¿quereis oír otros nombres? ¿Quereis saber si algun hombre ambicioso ha encontrado su dicha en las grandezas mundanas? Preguntádselo al gran rey de la Grecia, cuyo imperio apenas ha tenido semejante, y os responderá de este modo: «Á los veintiun años era yo rey de Macedonia; en el primero de mi reinado sujeté y domé la Iliria, la Tracia y la Grecia; en el segundo vencí á los generales de Darío; en el cuarto sujeté á la Fenicia, Tiro, Egipto y Palestina; en el sexto vencí al mismo Darío y gané su imperio, y me obedeció toda el Asia, y en mis seis años restantes sujeté y vencí otras naciones, penetrando hasta el Ganges y el mar del Indostan. Ya no había tierra que conquistar; todos me temían; no había hombre en el mundo que fuese más honrado que yo, y con todo esto, mi corazón no tenía reposo ni dicha; llamé á los sábios, les pregunté si había otros mundos que conquistar, y habiéndome dicho que sí existían, pero eran imaginarios, caí en una cama, y el dolor de no poder ser soberano de esos mundos ideales me condujo al sepulcro en la flor de mi edad.» ¿Quién no se instruye con estas lecciones que la historia nos ha dejado consignadas? Si esos grandes hombres del poder no se satisficieron con empuñar el cetro de todo el mundo, ¿cómo podrán hallarse cumplidas las miras de todos y cada uno de los hombres?

¡La dicha en las grandezas y en los honores! ¡Qué locura! ¿Ni es acaso, desde que una filosofía delirante y subversora ha inspirado á la muchedumbre las máximas é ideas de una soberanía ficticia, cuando el mundo se ha vestido de luto, llorando sin cesar muertes, incendios,



robos, bombardeos, carnicerías y escenas cuales no vieran sino los caníbales ó los cafres de las montañas africanas? ¡La dicha en las grandezas! ¿No fué en ellas donde hallaron una muerte prematura y trágica los Absalones, los Baltasares, los Ciros, los Heliodoros y otros infinitos? No se diga que es una dicha dejar consignado su nombre á la posteridad; porque ¿qué mayor ignominia que darse á conocer á todas las generaciones con el nombre de un Neron, de un Domiciano, de un Atila, de un Mahoma y de otros que abusaron del poder y se valieron de su puesto sólo para infringir todas las leyes divinas y humanas? ¿Qué mayor desdicha que subir á lo más culminoso de las grandezas humanas para caer de ellas con oprobio, ó morir con infamia, como sucediera á los Sísaras, y á los Amanes, y á los Judas? ¿Qué mayor desgracia que el poner nuestro corazon en los honores mundanos, cuando áun los hombres de más distincion en la sociedad caen en el más profundo olvido desde que han bajado al sepulcro? ¡Ah! ¿Quién sabe hoy dia ni áun el nombre de los Emperadores y príncipes del Asia y de Roma, los de los filósofos de la Grecia, los de los conquistadores y tiranos? Cuatro literatos é historiadores, que los toman en su boca para juzgar sus acciones y condenarlos con el justo anatema que muchos de ellos se granjearon.

No consiste, pues, la felicidad del hombre en los honores; la dicha está en llenar los deberes que los honores nos imponen, porque entónces son éstos más llevaderos y merecemos el alto honor de ser hijos de Dios y herederos de su gloria. Entendedme bien, señores. Decir que no debe haber entre los hombres honores, distinciones y preeminencias, es un absurdo, una impiedad, una blasfemia natural, social, y áun religiosa, pues pugna contra el órden y áun contra la Providencia divina. Siempre habrá honores naturales y sociales, consagrados ambos por

la Religion; ¡y qué dichosos fuéramos si los mirásemos con veneracion! Sí, padre de familias; tú tienes el alto honor de ser el patriarca de una familia que Dios te ha dado; ese hijo que estrechas en tus brazos verá en tu blanca cabellera y en tu arrugada y noble frente los signos de tu antigüedad sobre él y de la preeminencia natural con que le precedes; mas este honor no es un fantasma; es, al contrario, una cualidad sublime que te obliga á instruir á tu hijo en las tradiciones santas de sus mayores, alejándolo de las doctrinas perversas y de los malos pasos á que puede conducirle una edad inexperta. Tú, madre de familias, seas una esposa del artesano ó seas la noble matrona que vive bajo techumbre de oro, echa una mirada alrededor de tu recinto; mira que en tu casa eres una reina, en cuyas manos pusiera Dios el cetro de amor, para ablandar al esposo, para enseñar al hijo y para amonestar y corregir al siervo; todos tienen fijadas en tí sus miradas como en tierna consorte, como en madre amante, como en señora compasiva; ¿puede haber mayor honor? Un dia llegará en que tu frente no presente todá la hermosura de los años juveniles, en que tu cabellera, luciente ahora, presente su árida blancura. ¡Ah! Entónces te sentarás en medio de tus hijos, y, cual otra Ana, te regocijarás viendo á tus nietos saltando en torno tuyo como inocentes corderitos que festejan á su madre. ¿Puede darse mayor honor? Cuando tu mano trémula no pueda emplearse en los afanes domésticos, se alzará hácia el cielo, y muchos hijos esperarán que descienda sobre sus cabezas, para que con esta bendicion el cielo les sea propicio. Hé aquí un honor y preeminencia natural y social; tambien lo es ¡oh hombres! el preceder á los demás en edad, pues manda el Espíritu Santo á los jóvenes que se levanten cuando pase ante ellos la cabeza encanecida; tambien lo es el dedicarse á dirigir la juventud en sus tareas literarias, y ¡pluguiese al cielo que los ancianos cumplieran



sen con la obligacion que les impone el honor de su longevidad, para que los jóvenes no se estimulasen á lo malo con el mal ejemplo de los mayores! ¡Pluguiese á Dios que viesen los discípulos el buen ejemplo en sus maestros, que oyesen de sus lábios una moral evangélica, confirmada con las obras, no esa moral árida del dia, que se contenta con enseñar teorías! Entónces no tuviéramos que lamentar la triste suerte de la juventud de nuestra época nefasta.

No busquemos nuestra dicha en los honores sociales, en las dignidades, ni en las preeminencias. Si nos fuese permitido desearlas, debiera ser por sacrificarnos, como escribia el divino Pablo á su discípulo Timoteo; por lo demás, amados míos, yo os diré, con el mismo Pablo, que todos sois grandes, nobles y honrados, pues sois conciudadanos de los Santos y áulicos de Dios: más os diré, con el mismo; sois coherederos de Cristo, compañeros de su predestinacion y gloria, y por consiguiente todos sois príncipes, todos sois reyes, todos sois sacerdotes de Dios, pues así lo oyó cantar el desterrado de Pathmos á los moradores del cielo. Quien tiene prometido y asegurado en Cristo este honor y esta grandeza, ¿por qué ha de suspirar por esas grandezas terrenas que, aunque sean de oro, plata y de todas las preciosidades, tienen, como la estatua de Nabuco, los piés de tierra, y caen al golpe de una piedrecita? Obremos, pues, con cordura, buscando el honor y la grandeza donde se encuentra: en ser hijos de Dios.

Señor, haced que cada uno de nosotros se contente con la suerte que vos le destinais en este mundo; no permitais que ambicionemos las grandezas terrenas, cuando tenemos el indecible honor de ser hijos tuyos y herederos de tu gloria, que deseo á todos, etc. Amen.

## SERMON MORAL

SOBRE

QUE NO CONSISTE LA DICHA DEL HOMBRE EN LOS PLACERES.

---

*Et cupiebat implere ventrem suum de siliquis, quas porci manducabant, et nemo illi dabat.*

Y deseaba henchir su vientre de las bellotas que comian los animales inmundos, y ninguno se las daba. (Luc. x, cap. xv, vers. 16.)

Despues de haber pesado en la balanza del Santuario y de la razon lo que son las riquezas y los honores mundanos relativamente á la felicidad verdadera del hombre; despues de haber demostrado que nada de esto es capaz de hacer feliz al nobilísimo rey de la creacion, he fijado mis miradas en el mismo hombre; lo he observado, he examinado su compuesto; él es, he dicho, aquel fiel trasunto de la naturaleza divina, que en el sexto dia del mundo saliera de las manos del Criador; él discurre, él piensa, él sabe que tiene una alma racional que da animacion á este cuerpo animal; quizás mirando las riquezas con desprendimiento, y los honores con despreocupacion filosófica, podrá elevarse sobre estos objetos de avaricia y ambicion, y decirse á sí mismo: «Esta vida es bien corta y aciaga; no se oyen por todas partes sino ayes y lamentos; los hombres se afanan por adquirir un poco de oro, que al fin no es más que tierra; vuelan tras de dignidades y honores que pasan como el humo; yo nada de esto apetezco; sean los tesoros para los avaros, y las dignidades para los ambiciosos; voy á ser feliz bus-